



CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos días después que salieron de la alameda llegaron Don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales; cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fué y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia más á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira.

Yendo, pues, desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba.

Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote:

—Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algún caballero está puesto en algún trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun más, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: así que, oh Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de día, y antes que esto se pase ata juntos al rucio y á rocínante, y á la mano de Dios que nos guíe, que no dejaré de embarcarme si me lo pidieren frailes descalzos.

Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay si no obedecer y bajar la cabeza atendiendo al refrán: Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es el de los encantados, sino de algunos pescadores deste río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.

Esto decía mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la protección y amparo de los encantadores con hartó dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviera pena del desamparo de aque-

llos animales, que el que los llevaría á ellos por tan longinuos caminos y regiones, tendría cuenta de sustentarlos.

—No entiendo esto de logieus, dijo Sancho, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida.

—Longieus, respondió Don Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no que no estás tu obligado á saber latín, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran.

—Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? respondió Don Quijote: santiguarnos y levar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río comenzó á temblar temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que el oír roznar al rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor:

—El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico, le dijo:

¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue ó quién te acosa, ánimo de ratón casero? ¿O qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduke por el sesgo curso deste agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado?

Pero ya tenemos de haber salido y caminado por lo menos seiscientos ó ochocientos leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea equinoccial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho, replicó Don Quijote, porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho.

—Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón, ó meo, ó no sé cómo. Rióse Don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole:

—Sabrás, Sancho, que los españoles y los que embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de las señales que tienen para

entender que han pasado la línea equinoccial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los ojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si les pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasar una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda; y si no, pasado habemos.

—Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer estas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí está Rocinante y el rucio en el propio lugar de los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.

—Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora.

Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza, miró á su amo y dijo:

cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes, diciendo:

—Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿Venís desesperados? ¿Qué! ¿queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á dó llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos; pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciendo:

—Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado el caballero de los Leones por otro nombre, á quien está reservado por orden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimir en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo la librase de tan manifesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le



—O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice ni con muchas leguas.

—¿Pues qué, preguntó Don Quijote, has topado algo?

—Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban; y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho:

—Ves allí, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe estar algún caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo soerzo soy aquí traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el río donde se muele el trigo?

—Caña, Sancho, dijo Don Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salían enharinados, y

detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al través en el agua: pero vino bien á Don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí había sido Troya para los dos.

Puestos en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos desosos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana con condición que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel castillo estaban oprimidas.

—¿Qué persona ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiérete llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas?

—Basta, dijo entre sí Don Quijote: aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias una de otras. Yo no

puedo más, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas.

—Amigos, cualesquiera que seáis, que en prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo:

—A dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera de uso, al parecer, de los otros hombres, y no acabando de entender á dó se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decía, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.



Si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaran como en peso á entrambos, allí había sido Troya para los dos.

